



En su taller de Cuernavaca, David Alfaro Siqueiros está pintando el mural más grande del mundo, con destino a la Olimpiada de 1968 de Méjico. En estas páginas, dos detalles de la gigantesca y costosisima pintura.

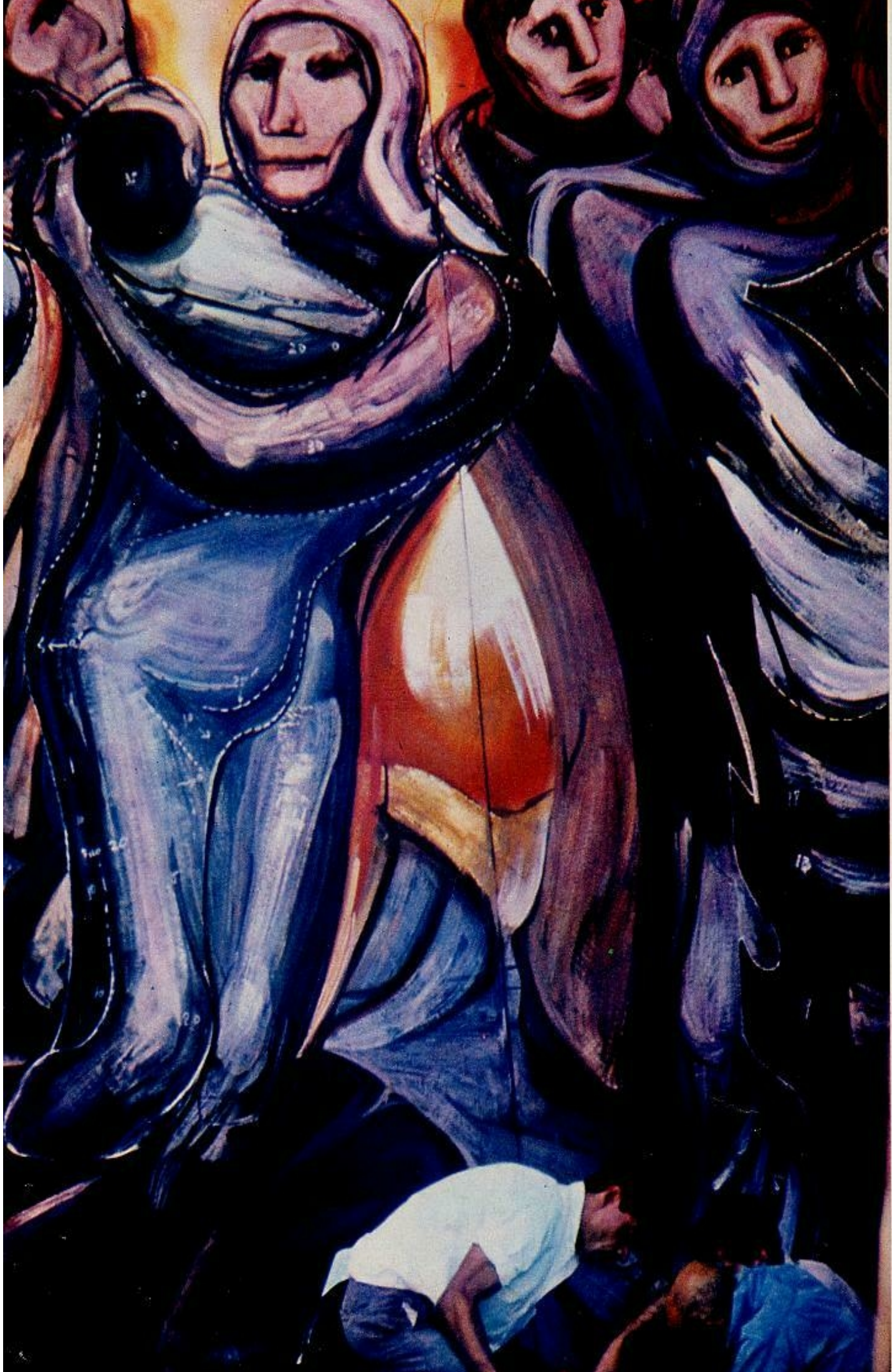
MURALES PARA UNA OLIMPIADA

LA Olimpiada que se celebrará en Méjico en 1968, será también una olimpiada de arte. No se trata de que vayan a competir allí los artistas de los países participantes en los juegos atléticos, sino que, por primera vez, servirá para que una gran obra de arte sea expuesta y quede para recordar, a través del tiempo, la Olimpiada.

Esta obra artística le ha sido encargada al pintor David Alfaro Siqueiros por un gran industrial del acero, su viejo amigo Manuel Suárez. Y el pintor ha aceptado la idea y desde hace ya muchos meses trabaja en ella, rodeado por un equipo de setenta técnicos y obreros. La obra será el más grande mural del mundo —diez mil metros cuadrados de superficie— y estará colocada en un auditorio capaz para seis mil espectadores y en el que se ofrecerá toda clase de espectáculos. Además del mural, el pintor está preparando otra serie de obras menores para el hotel Olímpia, en cuyos jardines serán instaladas once esculturas, también suyas, de hormigón armado y de una altura media de siete metros.

El mural llevará el título de "La marcha de la humanidad en la América Latina" y tendrá efecto tridimensional. Este efecto será conseguido mediante la combinación del hierro y la pintura. Los temas principales estarán resueltos a base de planchas metálicas, soldadas como armaduras y superpuestas al muro.

SIGUE





Arriba, una de las cabezas de que consta la obra, en la que se emplean la pintura y el hierro y en la que están trabajando setenta técnicos y obreros bajo el mando del maestro. Abajo, una vista de la maqueta del auditorio en el que será instalado el gigantesco mural mejicano, el más grande de su tipo hecho hasta ahora.



MURALES PARA UNA OLIMPIADA

Inmediatamente antes de esta obra, que puede ser, artísticamente, la más importante de su vida, Siqueiros había realizado otro mural para el edificio de la Aduana Vieja, de México. Lleva el título de «Patricios y patricidas» y se desarrolla en dos paños opuestos y un techo, entre los cuales funciona una compleja escalera. Siqueiros y su equipo afirman que los valores ópticos de esta obra están estudiados en razón de cada pedáneo y que el mural varía coherentemente por cada posición del espectador. «Con este sistema he creado —dice el artista— un espacio nuevo, donde se valoriza más el primero y al mismo tiempo juegan mejor mis formas». Cuando estaba trabajando en esta obra sufrió un grave accidente al caerse de un andamio. Aquello le costó estar en un hospital durante varios meses, pero en cuanto pudo, regresó a su taller y, aunque no está todavía curado, trabaja como si nada le hubiera sucedido.

Siqueiros piensa que los países subdesarrollados siguen haciendo un arte epigonal respecto



Siqueiros, que cuenta setenta años de edad, aparece en esta fotografía discutiendo con dos de sus ayudantes la realización del mural de la Olimpiada, que será colocado en un enorme y audaz auditorio con capacidad para seis mil espectadores.

a París o Nueva York, y que la única salida que pueden seguir es la que les ofrece el muralismo mejicano.

un concepto distinto de la pintura

—En el resto del mundo —afirma— el arte está condicionado por el mercado, y ahora más que nunca. Algunos pintores creen ser libres, pero casi todos terminan por sucumbir. Eso le pasó a Pollock, que trabajó conmigo en mi taller de Nueva York. Tenía talento y habilidad, pero después el mercado lo absorbió, aunque siguió pintando con calidad hasta el final de su vida.

Al pintor le importa poco la crítica porque siempre procede de gentes que se encuentran muy alejadas de su concepto de la pintura y piensa que están incapacitadas para entender su obra. Aho-

ra mostrará su nuevo mural y seguirá trabajando como si no hubiese hecho nada. El no piensa en la crítica, sino en su tarea creadora. Y para él, un creador «es una persona dotada que cumple con ciertas condiciones fisiológicas». Eso es todo.

el muralismo, un fenómeno importante

El muralismo mejicano —uno de los fenómenos más importantes de nuestro siglo, al decir de Jean Cassou— nació de la necesidad de hacer una pintura que fuese algo más que una obra para los museos. Sus fundadores, entre los que figuran como más destacados Rivera, Orozco y el mismo Siqueiros, aspiraban a servir de sus cuadros como un medio de transforma- **SIGUE**



MURALES PARA UNA OLIMPIADA

ción social. Para ello tuvieron que crearse «otro» lenguaje expresivo, nuevas técnicas y unos materiales que tuvieron que inventar. Y lo hicieron todo a costa de un gran impulso temperamental, de un vigor indomable y provocador y

de una tropicalidad —Cassou así se expresa— que no corresponde a nuestra medida y a nuestro gusto, «pero nuestra medida y nuestro gusto nada tienen que ver con este asunto que es de otra incumbencia, la de la vida».

Los fundadores del muralismo consideraban que el cuadro de caballete había quedado desnaturalizado en la crisis de la individualidad provocada por las convulsiones económicas y sociales, y creyeron encontrar una salida



En esta fotografía puede apreciarse el tamaño del mural de Siqueiros. Cada sección tiene una altura de cuatro metros y una anchura de tres con treinta. Abajo, otro mural famoso del mismo artista, en la Universidad Nacional de Ciudad de México.



Dos ayudantes del autor, trabajando en el mural, lo recibió el artista de un





do en el mural para la Olimpiada mejicana. Esta obra tendrá diez mil metros cuadrados y en ella se combinarán la pintura y la escultura. El encargo para su realización fue de un amigo suyo de los tiempos de la revolución, un industrial hoy de la Industria del acero. Además del mural, el artista está haciendo diez esculturas de hormigón armado.



para su necesidad de expresión épica en la pintura mural, que siempre había sido vehículo de voluntades y sentimientos colectivos.

las tres corrientes del muralismo

En el muralismo se dan tres corrientes: la de la aprehensión de la mejicanidad vegetal, la de los bosques y el maíz, la de la húmeda levadura que alimenta a aquel pueblo (Rivera); la de la mineralidad y las duras aristas de ferocidad volvacina (Orozco) y la doctrinal y del compromiso social (Siqueiros). Si en los dos anteriores puede hablarse todavía

de pintura de caballete, el último lo rechaza de plano y la sustituye por el mural que para él alcanza categoría de tribuna, desde la que clama o alienta. Lo que desea es dirigirse a los hombres y eso sólo puede hacerlo desde las grandes extensiones y las figuras ciclópeas.

una tarea prolija y muy costosa

La realización de un mural, tal y como se entiende en México, es una tarea prolija y costosa, que necesita tiempo y muchos obreros y técnicos, y en la que se emplean muy variadas herramientas y máquinas, lo que quiere decir que un muralista encaja

allí difícilmente con el cliché que en Europa tenemos de un pintor. Más que un estudio, el lugar de trabajo de Siqueiros, por ejemplo, se parece a un taller, a un taller de fábrica y él mismo no se diferencia mucho de un ingeniero o un capataz.

La obra que será presentada con motivo de la Olimpiada tendrá, sin duda, resonancia mundial. Ya hoy, antes de ser expuesta y terminada, está considerada como la más importante de todas las que su autor haya realizado en su larga y fecunda carrera de artista.

F. M. C.

(Fotos: Basil Williams © 1967 Camera Press-Agencia Zardoya y TRIUNFO)